

descubrir "aislados ejemplares" de ella ni "probar la relativa fidelidad con que algunos otros fueron romanceados por los misioneros españoles". Pero todos estos hallazgos y reconstrucciones, ¿cómo nos pueden compensar de una pérdida tan absoluta y cruel?

"De lo que pudo haber sido el reflejo de la naturaleza en aquella poesía quedan, sin embargo, algunos curiosos testimonios; los cuales, a despecho de probables adulteraciones, parecen basarse sobre elementos primitivos legítimos e inconfundibles. Trátase de viejos poemas escritos en lengua náhoa, de los que cantaban los indios en sus festividades, y a los que se refiere Cabrera y Quintero en su *Escudo de Armas de México*" . . . "El texto actual de los únicos que poseemos no podría ser una traslación exacta del primitivo, puesto que la Iglesia hubo de castigarlos; aunque toleró, por inevitable, la costumbre gentil de recitarlos en banquetes y bailes. En 1555, el Concilio Provincial ordenaba someterlos a la revisión del ministro evangélico, y tres años después se renovaba a los indios la prohibición de cantarlos sin permiso de sus párrocos y vicarios".

A continuación, Alfonso Reyes, en un esguince o bote de mejicano purísimo, reivindica para los aborígenes lo que les es propio, escribiendo con agudeza y desdén:

"Tan alterados e indirectos como nos llegan, ofrecen estos cantares un matiz de sensibilidad lujuriosa que no es, en verdad, propio de los misioneros españoles —gente apostólica y sencilla, de más piedad que imaginación".

Sea como fuere, los viejos poemas náhoas, que tradujo al inglés Brinton, no nos producen la impresión ni la emoción que las nostálgicas alusiones de Reyes a ese feliz e infeliz tesoro perdido. Y mucho menos que la exquisita cita de John Keats, con que da fin a su libro, más que por su paráfrasis, que no es de nuestro gusto —"no renunciaremos, oh Keats, a ningún objeto de belleza, engendradora de eternos goces"—, por recordar el verso inicial del *Endymion* —*A thing of beauty is a joy forever*—, que se nos an-

toja la síntesis poética más extraordinaria conseguida por John Keats y tal vez el verso más hermoso de cuantos se han escrito en este mundo.

II

Dije anteriormente que la *Visión de Anáhuac* vino a ser, al conseguirse como se consiguió, el módulo inicial de una nueva poesía. Dije también que el fenómeno pasó por entonces —y es casi natural que así fuese— inadvertido. Y añadí que tengo la costumbre de probar de manera inequívoca mis asertos. Vamos, pues, directamente, a lo que importa.

Me he referido ya a las inefables e infalibles enumeraciones arqueológicas de Alfonso Reyes en su *Visión de Anáhuac*, y he hecho advertir que "en esas enumeraciones, que no son de índole whitmaniana, es donde apuntan, todavía coherentes o unidos por el hilván de la sintaxis, los vagidos evocadores, nostálgicos y autónomos de una feliz poesía impura, que sobrelleva purísimamente las vicitudes nunca explícitas de la anécdota, y que asume, en todos los sentidos, una actitud heroica".

Lo que ya se ha transcrito de la *Visión de Anáhuac* —y que no se citó a humo de pajas— nos sirve de elucidario. Si se prescindiera de la sintaxis habitual o usadera que las costra a la ortoxia prosaica y al enlace y desenlace lógicos de lo descriptivo, las enumeraciones de la *Visión de Anáhuac* ¿no son antecedentes normales— esto es, que se hallan en estado natural, y también que sirven de norma o regla —de las sugeridoras y, al parecer incongruentes evocaciones épico-líricas de Saint-John Perse? Comparemos algunas estrofas del *Anabase* —sin duda el ensayo más críptico de este inverosímil poeta —con algunos párrafos del libro de Alfonso Reyes. Y, al objeto de que la paridad sea más visible, atengámonos a la versión francesa de la *Visión de Anáhuac*.

Dice, por ejemplo, Alfonso Reyes, traducido con gracia y pericia singulares por Jeanne Guérandel:

“On y voit des hommes et des fauves d'autres climats, de minutieux panoramas, des plantes exotiques, des îles de songe, et, sous le traditionnel palmier, près du cône de paille de la hutte toujours fumante, les menus faits de la vie africaine. Sur les cotes de la Nouvelle-France, des naturels sont occupés aux soins du ménage, à la pêche, à la danse, à la construction de cités”.

Y escribe Perse en su *Anabase*:

“Ha! toutes sortes d'hommes dans leurs voies et façons: mangeurs d'insectes, de fruits d'eau; porteurs d'emplâtres, de richesses; l'agriculteur et l'adalingue, l'acuponcteur et le saunier; le péager, le forgeron; marchands de sucre, de cannelle, de coupes a boire en métal blanc et de lampes de corne; celui qui taille un vêtement de cuir, des sandales dans les bois et des boutons en forme d'olives...”

Escribe Reyes —y repetimos la cita en su versión francesa—:

“L'épi de maïs de Cérès et le paradisiaque bananier, les pulpes de fruits pleines d'un miel inconnu; mais surtout les plantes typiques: la viznagua mexicana, image du timide porc-épic, le maguey dont on nous dit qu'il hume le jus de la roche, le maguey qui s'ouvre à fleur de terre, lançant dans les airs son plumet...”

Y canta Perse:

“Celui qui récolte le pollen dans un vaisseau de bois (et mon plaisir, dit il, est dans cette couleur jaune); celui qui mange des beignets, des vers de palmes, des framboises; celui qui aime le goût de l'estragon; celui qui rêve d'un poivron; ou bien encore celui qui mâche d'une gomme fossile, qui porte une conque à son oreille, et celui qui épie le parfum de génie aux cassures fraîches de la pierre...”

Esta similitud de tono, este parentesco evidente, que enlaza el *Anabase*, de Perse, con la *Visión de Anáhuac*, se me representó por vez primera, como suspicacia instintiva, más que como certeza sensible, allá por el año 1932, a poco de aparecer mi poema *Dédalo*. Con *Dédalo* —escrito en 1931— conseguí yo exonerarme de muchas

pesadumbres. A la sazón, cada quisque se desayunaba con “su” Eliot, almorzaba “su” Joyce, se bebía, a manera de té, los posos o rebañaduras de Freud, resignándose, por último, con una colación surrealista o a la francesa. Era un difícil y crítico momento literario que había que superar. El auge de lo andrógino, lo blandengue, lo sibilino y lo contrahecho —es decir, de lo jorobado, de lo confeccionado, contra la naturaleza, adrede —me exasperaba. Como reacción natural concebí mi *Dédalo*. Ni las suras del Corán, ni los versículos de la Biblia, ni la prosa rimada de Claudel —dispuesta tipográficamente como versículos—, ni esas líneas sesquipedales con que la poesía al uso nos escamoteaba la respiración, podían servirme de pauta. Me propuse algo distinto. Y *Dédalo* fué lo que tuvo que ser: un poema difícil; difícil por las citas y las alusiones que en él se emulsionan y por el vocabulario de absoluta precisión, y por ende, insólito, que lo define y lo caracteriza. Sin embargo, algunos críticos supieron descifrar los claros enigmas de esa esfinge desperdigada en laberinto, sin valerse de clave o clavícula de índole más o menos salomónica. *Dédalo*, en el fondo, no es sino la exaltación y la burla de los siete pecados capitales, y en la forma, la dignificación y la befa de ciertas maneras líricas y pseudo-líricas que por entonces nos estomagaban.

Pues bien; a raíz de la publicación de este poema, una amiga mía, tan culta como inteligente, me dijo:

—Conoces el *Anabase*, de Perse?

—No.

—Pues yo diría que tu *Dédalo* le hace también carantoñas al *Anabase*.

—Pues no lo conozco.

—Léelo, entonces. Desde París te enviaré un ejemplar...

El cumplimiento de la promesa se difirió cosa de un mes. Y vino a suceder que, antes de que yo recibiera la obra prometida, un amigo mejicano —no recuerdo si Torres Bodet, Martín Luiz Guz-

mán o González Rojo—, sabiéndome interesado por el poema del inclasificable e inverosímil desdeñador de la literatura, M. Alexis Leger, o sea, St. J. Perse, me obsequió con un número de la revista mejicana *Contemporáneos*, que incluía una versión española del *Anabase*. La lectura de esta traducción me produjo incertidumbre y extrañeza. Una sensación de *déjà vu* y *déjà lu*, atizando mi interés y mi perplejidad, y retrotrayéndome a mis lecturas más afines, me hizo volver *in mente* a la *Visión de Anáhuac*. Días más tarde, cuando recibí y leí el auténtico poema de St. J. Perse, pude llegar a varias conclusiones.

El poema de “el hombre de Briand”, en su idioma nativo, esto es, no desvirtuado por una versión infeliz, resultaba mucho más lírico y, como consecuencia su similitud con la *Visión de Anáhuac* era más evidente.

En relación con mi *Dédalo*, advertí que las posibles semejanzas de tono procedían, sin duda, de haber adoptado Perse y yo, y quizá por las mismas o análogas razones, una tesitura idéntica: por hacer entrambos, y de manera aparentemente anárquica, la exaltación y el vejamen de lo “no tenido como poético” y de las maneras “falsamente toleradas como líricas”. Por otra parte, el *Anabase* es un poema oscuro, deliberadamente críptico, a despecho de su lucidez expresiva, y se enrevesa, también por su gusto, en la evocación y revocadura arqueológicas de su antecedente homónimo. *La Anábasis*, de Jenofonte. *Dédalo*, más ambicioso, construye su laberinto, y no con madera, y menos con madera bíblica, desecho del Arca de Noé, sino con el cieno postdiluviano, en cuyas charcas se ven aún sobrenadar las “siete densidades del hombre”, y por contra es, y no lo digo con intención humorística, un poema tan claro como comprensible. Toda su arduidad radica en el vocabulario que es de precisión, y por ende difícil de substituir con palabras corrientes y molientes, y por las citas y alusiones, que exigen en el lector una mediana cultura. Y no me refiero a sus anticipaciones proféticas, algunas de las cuales, como la de la cruenta revolución

española —la lucha de los brazados de mieses, o haces, con la hoz y el martillo—, pertenecen ya a lo histórico e indiscutible. De cualquier manera, si *Dédalo* llevase, a guisa de colofón, un breve glosario, podrían leerlo y comprenderlo hasta los más indoctos.

Después de llegar a estas conclusiones, me desentendí del asunto. También en el terreno de las vicisitudes literarias le *sobra* al día con su propio afán.

Pero he aquí que, ocho años después, y ya en la que se llamó Nueva España, el intencionado y decepcionado *dilettante* de las letras de Méjico, O. G. Barreda, al hablarle yo con gran encomio de la *Visión de Anáhuac*, trajo de nuevo a colación el *Anabase*, de St. J. Perse, haciéndome saber que él era el traductor al castellano del indiscernible poema y que también él advertía un claro parentesco con la obra de Alfonso Reyes. Entonces le supliqué que me facilitase el número de *Contemporáneos* que inserta su versión castellana del *Anabase*. Dos días más tarde, superando la cortesía que le es propia, me hizo el honor de enviarme el original de su traducción.

Ya reunidos la *Visión de Anáhuac* y su versión al francés y el *Anabase* y su traducción al castellano, me dispuse a escribir estas líneas. Pero la nueva lectura de los ya conocidos trabajos apenas pudo añadir nada esencial a mis suposiciones y convicciones madrileñas. La paridad —sin menoscabo para ninguno de los autores— entre el *Anabase* y la *Visión de Anáhuac* es evidente. Ahora bien, no es inoportuno el reconocerla de un modo inequívoco. Valery Larbaud escribía en 1925, refiriéndose al libro de Reyes:

“Description lyrique, aussi, et d'un lyrisme qui rejoint par instants celui de Saint-John Perse”.

Pero esto no basta. A esto hay que añadir que la obra de Alfonso Reyes, fechada en Madrid y 1915, se publicó en “El Convivio”, de San José de Costa Rica, el año 1917. Y que el *Anabase*, de Perse, según la edición de la “Nouvelle Revue Française” que tengo a

la vista, terminó de imprimirse en Dijon el mes de junio de 1923, si bien el "copyright" de la Librería Gallimard es de 1924. Como añadidura, Paul Morand, en su libro *Papiers d'identité*, consagra un artículo, fechado en 9 de noviembre de 1924, a Saint-John Perse. Y en él dice: "Progrès du poète jusqu'à son ordre parfait dont *Anabase* publié l'an dernier, est l'expression". No creo, pues, que haya duda respecto a la prioridad del poema de Alfonso Reyes.

Juan José DOMENCHINA.

Hoy, México, 22 y 29 de junio de 1940

AQUELLOS DIAS

(1917-1920). Prólogo de Alberto Gerchunoff.

Santiago de Chile, Editorial Ercilla, 1938, 180

págs.

Libro de crónicas escritas entre el 17 y el 20 que, a pesar de lo que Reyes nos dice en su prefacio, no han envejecido. Las calidades humanas y literarias del mexicano hacen de él "un libro de cronicidad"; lo convierten en "un testimonio de historia", como apunta en su sagaz prólogo Alberto Gerchunoff. En sus brillantes observaciones sobre el sionismo, en su palpitar con la vida española ya cargada entonces de trágicos augurios, en su buceo por los acontecimientos de toda Europa, Alfonso Reyes ha hecho mucho más que periodismo. No sólo hay en ellos la suavidad y la gracia que caracteriza la producción toda del autor, sino también ese conocimiento sociológico y esa preparación económica (que poco se ha señalado en su obra), que proceden de la Escuela de Jurisprudencia de México —de la que Reyes fué alumno de primera— y que él ha tenido el gusto de presentarnos siempre envueltos en las flores del buen estilo. Enfrentado con cualquier problema jurídico, Reyes no ha dejado que lo gane la pedantería ni la pesadez de los dómines y los sectarios. Desde luego que los artículos que más llaman nuestra atención son los referentes a España. Nunca sobraría repetir que la mejor calidad de Reyes está en su amor y su sabiduría por cuanto al mundo español de España y al mundo español de América se refiere, lo que le ha dado una sensibilidad y un criterio completos. La frecuente visión parcial, media, muti-